



La atracción invencible del mar consiste para muchos navegantes, principalmente en el peligro que representa, el mismo que puede plantear hacer un número de estas características, donde la poesía y el arte, esta vez en toda su oceánica extensión, no tienen límites como el horizonte del viajero.

*El océano... se salía del mapa, escribía Neruda, no había dónde ponerlo. Era tan grande desordenado y azul que no cabía en ninguna parte. Por eso lo dejaron frente a mi ventana. Frente a nuestra ventana, la del marino en tierra, otro mar habían dejado, también desordenado y azul. Era el mar de Litoral, el de Prados y Altoaguirre. Y en ese mar nos embarcamos. Primero fue José María Amado quien inició la travesía siguiendo la luz de los fareros —que siempre apuntan al corazón del marino— y luego nosotros, tras recibir de herencia una historia que hablaba de una nave insubmersible.*

Y en esa historia, la de la revista, hay mucho mar, porque, lo hemos dicho muchas veces, surgió en un puerto, con una carta marina sobre la mesa; y un puerto es, como decía Baudelaire, *la mejor estancia para un alma fatigada de la vida*. Un lugar de iniciaciones, de búsqueda, de desafíos y derrotas para alcanzar esa otra orilla de la verdad que es a la que siempre quiere llegar el navegante y también el poeta.

El mar mece y estremece y en ese estremecimiento puede encontrarse una revista poética en este siglo que empezó ardiendo. La travesía es difícil y las aguas están rizadas pero conocemos los vientos y nos gusta el peligro, los trasatlánticos y el alcohol derramado en los grandes naufragios.

Una nueva cabecera sustituirá a la caligrafía picassiana de los últimos años, tan fina que a veces se olvidaba en una nube del *collage*. La palabra LITORAL será, a partir de este número que conmemora los setenta y cinco años de su nacimiento, un mascarón visible para todos los posibles abordajes. También son otras las dimensiones, la revista crece un centímetro de ancho, que le dará a esta nave la posibilidad de acomodar mejor su carga artística. *Cualquier cosa que no pueda soportar un cambio no debe existir*, una antigua regla del oriente, que aquí seguimos al pie de la letra o de la ola, que en este viaje tienen el mismo movimiento.

Empezamos el siglo con *Pasajeros*, número que definía claramente nuestra propuesta, navegar y navegar, sin puertos, hasta que una ola nos vuelque en otro sueño, decíamos, convencidos de que en el sueño siempre hay un puerto donde se puede volver a empezar. Como el espiral ascendente en la escalera de un faro, que termina en un punto de luz cuya proyección es el infinito, el navegante se aleja y se abre hasta desaparecer en la oscuridad.

LORENZO SAVAL